

por ser todas hijas de sus súbditos ó esclavas.¹ Pero creyendo ya conveniente tomar una esposa digna de tan gran honor y que diese un sucesor á la corona de Acolhuacan, se casó con Matlalcihuatzin, hija del rey de Tacuba; jóven hermosa y modesta, que fué conducida á Tezcoco por su padre y por el rey de México. Celebráronse estas bodas con grandes regocijos que duraron ochenta días; y un año despues nació de este enlace un príncipe que se llamó Nezahualpilli, que, como despues veremos, heredó la corona. De allí á poco se hicieron otras grandes fiestas para celebrar la conclusion de la obra del Hueittecpan, ó gran palacio, de cuya magnificencia fueron testigos los españoles. Estos regocijos, á que concurrieron los reyes aliados, terminaron con un esplendidísimo banquete, á que estuvo convidada la nobleza de las tres cortes. En esta ocasion hizo Nezahualcoyotl que sus músicos cantasen al són de sus instrumentos, una oda compuesta por él mismo y que empezaba por estas palabras: *Xochitl mamani in ahuehuetitlan*. El argumento de aquella composicion era recordar á los circunstantes la brevedad de la vida y de todos los placeres de que gozan los mortales, semejantes á una flor hermosa que prontamente se marchita. Las patéticas imágenes de la cancion arrancaron lágrimas á todos los presentes, á quienes la memoria de la muerte hacia más preciosa y más cara la existencia.

MUERTE DE CUAUHTLATO, REY DE TLATELOLCO.

Restituido Moteuczoma á su capital, se vió obligado á luchar con un enemigo que, por ser vecino y casi doméstico, podria acarrear graves perjuicios al Estado. Cuauhtlato, tercer rey de Tlatelolco, impulsado por el ambicioso deseo de extender sus dominios, ó quizás por la envidia que su vecino y rival le inspiraba, habia ya pensado quitar la vida al rey Itzcoatl y apoderarse de México: para lograrlo, no teniendo bastante con sus fuerzas, se confederó con otros caudillos de los territorios inmediatos; pero todas sus diligencias fueron vanas, porque Itzcoatl, noticioso de aquel intento, se dispuso oportunamente á la defensa y frustró completamente las miras de su enemigo. De aquí se originó tal desconfianza y enemistad entre los Mexicanos y los Tlatelolcos, que estuvieron muchos años sin comunicar entre sí, á excepcion de algunos plebeyos, que furtivamente asistian á los recíprocos mercados. En tiempo de Moteuczoma planteó de nuevo Cuauhtlato sus perversos designios; mas esta vez no quedaron impunes. Prevenido Moteuczoma del crimen meditado, se anticipó á su enemigo, dando un furioso asalto á la ciudad y mandando quitar la vida á su inquieto dominador. Mas no queriendo someter por entónces aquel Estado á la corona de México, hizo que los habitantes eligiesen por caudillo al benemérito Moquihuix.

CONQUISTAS DE MOTEUCZOMA.

Desembarazado Moteuczoma de aquel peligroso vecino, pasó á la provincia de los Coahuixcos, al Sur de México, á vengar la muerte dada por aquellos pue-

¹ Nezahualcoyotl se casó en su juventud, como ya hemos dicho, con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió ántes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los Tepanecas le habian usurpado.

blos á unos Mexicanos. En aquella gloriosa expedicion, añadió á sus Estados los territorios de Huaxtepec, Yauhtepec, Tepoztlan, Yacapichtla, Totolapan, Tlalcozauhtitlan, Quilapan ó Chilapan, á más de ciento y cincuenta millas de la corte: Coixco, Oztomantla, Tlachmalac y otros muchos; y dirigiéndose hácia el Poniente, se apoderó de Tzompahuacan, dejando desde entónces sometidos al dominio de los reyes mexicanos el gran país de los Coahuixcos, que habian sido los autores de aquel atentado, y algunos otros circunvecinos, que quizás habian provocado su enojo con semejantes insultos. De vuelta á su capital, amplió el templo de Huitzipechtli, y lo adornó con los despojos de los pueblos vencidos. Moteuczoma hizo todas estas conquistas en los nueve primeros años de su reinado.

INUNDACION DE MEXICO.

En el décimo año, que fué el 1446 de la era vulgar, hubo en México una gran inundacion ocasionada por las lluvias excesivas, las cuales aumentaron de tal modo el volúmen de las aguas del lago, que no pudiendo contenerse en su lecho, inundaron la ciudad, en términos que arruinaron muchas casas y no dejaron calle alguna en que se pudiera transitar de otro modo que por medio de barcos. Moteuczoma, afligidísimo con esta calamidad, recurrió al rey de Tezcoco, esperando de su sabiduría que le sugiriese algun remedio. Aquel prudente monarca fué de parecer que se construyese un gran dique para refrenar las aguas, prescribiendo al efecto sus dimensiones y el sitio en que debía construirse. Agradó el consejo á Moteuczoma, y mandó que se pusiese en ejecucion con la mayor prontitud posible. Los habitantes de Azcapozalco, de Coyohuacan y de Xochimilco, tuvieron orden de suministrar algunos millares de gruesas estacas, y á otros pueblos se encargó la conduccion de las piedras necesarias. Convocó además para la ejecucion de la empresa á los de Tacuba, Iztapalapan, Colhuacan y Tenayuca: los reyes mismos y magnates dieron á los otros el ejemplo del trabajo; con lo que se estimularon de tal manera los súbditos, que en poco tiempo se vió concluida aquella obra, que de otro modo no hubiera podido terminarse en muchos años. El dique tenia nueve millas de largo y once brazas de ancho. Componíase de dos estacadas paralelas, cuyo espacio medio estaba terraplenado de piedras y arena. La mayor dificultad era trabajar dentro del lago, y especialmente en algunos sitios en que las aguas eran muy profundas; pero todo lo superó el ingenio del director, ayudado por la constancia de los operarios. Fué ciertamente aquella construccion utilísima á la ciudad, aunque no bastó á preservarla enteramente de inundaciones: lo que no debe parecer extraño, si se tiene presente que los españoles, aun empleando ingenieros europeos, no consiguieron evitar aquel inconveniente, ni con dos siglos y medio de trabajo, ni con el gasto de algunos millones de pesos. Miéntas los Mexicanos se empleaban en aquella obra, se rebelaron los Chalqueses; pero fueron prontamente comprimidos, aunque con pérdida de algunos capitanes del ejército real.

HAMBRE EN MEXICO.

A la calamidad de la inundacion siguió muy en breve la del hambre, por haber sido muy escasa la cosecha de maíz en los años de 1448 y 1449, de re-

sultas de los hielos que sobrevinieron cuando estaban aun tiernas las mazorcas. En 1450 se perdió también la cosecha por falta de agua. En 1451, además de lo riguroso de la estación, apenas se pudo sembrar grano, habiéndose consumido casi todo por la escasez de las cosechas anteriores; de modo que en 1452 fué tan grande la necesidad de los pueblos, que no bastando á socorrerla la liberalidad del rey y de los magnates, que abrieron sus graneros en bien de sus súbditos, se vieron éstos reducidos á comprar su subsistencia á costa de la propia libertad. Moteuczoma, no pudiendo aliviarlos, les permitió trasladarse á otros países, para que no muriesen de hambre en el suyo; pero sabiendo que algunos se vendían por la subsistencia de dos ó tres días, publicó un bando en que mandaba que ninguna mujer se vendiese por menos de cuatrocientas, y ningún hombre por menos de quinientas mazorcas de maíz. Pero nada bastó á evitar los perniciosos efectos de la carestía. Algunos de los que pasaban á buscar remedio en otros países, morían de necesidad en los caminos: otros no volvieron más á su patria. La mayor parte de la plebe mexicana se mantuvo, como sus antepasados, con los pájaros, peces, insectos y yerbas del lago. El año siguiente no fué tan calamitoso; y al fin, en 1454, que era secular, hubo cosecha abundantísima, no solo de maíz, sino de legumbres y de toda clase de frutas.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DE MOTEUCZOMA.

Pero no pudieron los Mexicanos gozar tranquilamente de su abundancia; pues les fué preciso tomar las armas contra Atonaltzin, señor de la ciudad y del Estado de Coaxtlahuacan, en el país de los Mixtecas. Era este un poderoso caudillo, el cual no sé por qué negaba el paso por sus tierras á los Mexicanos; y si alguno casualmente llegaba á ellas, le hacía todo el daño que estaba á su alcance. Gravemente resentido Moteuczoma de estas hostilidades, le envió una embajada para saber la causa de tan extraña conducta, amenazándolo con la guerra, si nó le daba la debida satisfacción. Atonaltzin recibió con desprecio aquel mensaje; y haciendo traer á presencia de los embajadores una parte de sus riquezas, "llevad, les dijo, este regalo á vuestro monarca, y decidle que por él conocerá cuánto me dan mis súbditos, y cuán grande es el amor que me profesan: que acepto gustoso la guerra y que en ella quedará decidido, si mis pueblos han de pagar tributo al rey de México, ó los Mexicanos á mí." Moteuczoma comunicó inmediatamente aquella arrogante respuesta á los dos reyes aliados, y mandó un ejército considerable contra su enemigo, el cual lo aguardaba bien apercebido en la frontera de sus Estados. Las tropas, al encontrarse, vinieron á las manos; pero el empuje de los Mixtecas fué tan violento, que los Mexicanos quedaron destruidos y tuvieron que abandonar la empresa.

Con la victoria creció el orgullo de Atonaltzin; más previendo que los Mexicanos volverían con más fuerzas, pidió auxilio á los Huexotzingos y á los Tlaxcaltecas, y éstos lo enviaron sin tardanza, alegrándose de aquella ocasión de interrumpir la felicidad de las armas mexicanas. Moteuczoma, afligido por el éxito infausto de aquella campaña, pensó seriamente en restablecer el honor de su corona: armó en poco tiempo un ejército formidable, y quiso mandarlo en persona con los dos monarcas aliados; pero antes de marchar supo que los Tlaxcaltecas y los Huexotzingos habían atacado á Tlachquiahco, pueblo de

Mixtecas, degollando á las tropas mexicanas que lo guarnecían, quitando á muchos habitantes la vida, y á otros la libertad.¹ Dirigióse, pues, lleno de indignación contra la Mixteca, y en aquella ocasión no valieron á Atonaltzin su poder, ni los socorros de sus amigos. En el primer encuentro quedó derrotado su ejército, y muertos muchos de sus combatientes, con casi todos los de sus aliados. Los pocos de éstos que escaparon del furor de los Mexicanos, murieron á manos de los Mixtecas, los cuales vengaron en ellos el mal éxito de la batalla. Atonaltzin se rindió á Moteuczoma, el que no solo quedó dueño de la ciudad y del territorio de Coaxtlahuacan, sino que pasando adelante, se apoderó de Tlaxtepec, de Tzapotlan, de Tototlan y de Quinantla, y en los dos años siguientes, de Cozamaloapan y de Cuauhtochco. La causa de esta guerra fué la misma de muchas de las anteriores; es decir, el asesinato de algunos mercaderes y correos mexicanos, cometido en tiempo de paz por los habitantes de aquellos pueblos.

Más difícil y más famosa fué la expedición emprendida el año de 1457, contra Cuatlachtlan, ó sea Cotasta. Esta provincia, situada, como ya hemos dicho, en la costa del seno mexicano, y fundada, ó habitada á lo menos, por los Olmecas, arrojados por los Tlaxcaltecas, contenía una población muy considerable. Ignoramos la causa de esta guerra; sabemos sin embargo, que los Costateses, previendo la tormenta que los amenazaba, imploraron los socorros de los Tlaxcaltecas y de los Huexotzingos. Estos, que no habían olvidado la última derrota, y queriendo vengarla, no solo se prestaron á darles ayuda, sino que persuadieron á sus vecinos los Cholultecas á que entrasen en la confederación. Estas tres repúblicas enviaron tropas numerosas á Cotasta para aguardar allí á los enemigos. Moteuczoma, por su parte, preparó un grande y brillante ejército, en que se alistaron los principales nobles Mexicanos, Acolhuas, Tlatelolcos y Tepanecas. Entre los personajes que se distinguían en las tropas, se hallaban Axayacatl, general, Tizoc y Ahuizotl, hermanos los tres, y de la familia real de México, los cuales ocuparon sucesivamente aquel trono, después de Moteuczoma, su sobrino. Había además otros caudillos de Colhuacan y de Tenayuca; pero el principal de todos ellos, por su dignidad, era Moquihuíx, rey de Tlatelolco, sucesor del desventurado Cuauhtlatoa. Cuando salió este ejército de México, aun no había llegado allí la noticia de la confederación de las tres repúblicas con los Costateses. Inmediatamente que la supo Moteuczoma, despachó correos á sus generales, con orden de no pasar adelante y de regresar sin pérdida de tiempo á la capital. Entraron en deliberación los jefes, de los que unos opinaban que se obedeciesen sin réplica las órdenes del soberano; mientras los otros decían no estaban obligados á someterse á un precepto tan injurioso á su honor, pues quedaria desacreditada y envilecida su nobleza si desperdiciaban una ocasión tan oportuna de ostentar su intrepidez. Prevaleció, sin embargo, como más seguro el primer dictamen; pero al volver á marchar hacia México, dijo á los suyos el rey Moquihuíx: "Retrocedan los que tengan ánimo de volver la espalda al enemigo, que yo con mis Tlatelolcos conseguiré el honor de la víctima." Esta resolución aguijoneó de tal manera á los otros generales, que todos de consuno determinaron arrostrar el peligro. Dióse finalmente la batalla, en la cual, aunque los Costateses pelearon briosamente, fueron vencidos con sus

¹ No sabemos en qué tiempo se agregó Tlachquiahco á la corona de México. En las pinturas de la Colección de Mendoza, donde se indican las principales conquistas de los Mexicanos, se hace mención de aquella en tiempo de Moteuczoma; mas yo creo que éste recuperó aquella ciudad, no que la conquistó por primera vez.

aliados. De éstos quedó la mayor parte en el campo de batalla, y de unos y otros se hicieron seis mil y doscientos prisioneros, que poco despues fueron sacrificados en México en la fiesta de la dedicacion del *Cuaxicalco*, ó edificio religioso dedicado á conservar los huesos de las víctimas. Quedó entónces toda aquella provincia sometida á la corona de México, y el rey estableció en ella una guarnicion para mantener á los habitantes en su obediencia. Tan noble victoria se debió principalmente á la proteccion del rey Moquihuix, y hasta nuestros tiempos se ha conservado una oda ó cancion mexicana, compuesta en aquella ocasion.¹ Moteuczoma, más satisfecho con el éxito feliz de la guerra, que ofendido por la desobediencia con que habian sido recibidas sus órdenes, premió al rey de Tlatelolco, dándole por mujer una prima suya, hermana de los tres príncipes ya mencionados.

Entre tanto los Chalqueses se hacian cada vez más dignos de castigo, no solo por su rebeldía, sino tambien por otros crímenes. En aquel tiempo tuvieron la temeridad de hacer prisionero á un hermano del mismo rey Moteuczoma, que era, segun creemos, señor de Ehecatepec, y con él cogieron á otros Mexicanos. Este atentado, cometido en una persona tan inmediata á su soberano, fué sin duda un medio de que se valieron para sustraerse al dominio de los Mexicanos, y hacer á la ciudad de Chalco émula de la de México, pues quisieron hacer rey de Chalco á aquel personaje, su prisionero, y muchas veces se lo propusieron, aunque en vano. Viéndolos él obstinados en su resolucion, les dijo al último que aceptaba la corona que le ofrecian; y á fin de que el acto de su exaltacion fuese más solemne, quería que se plantase un árbol altísimo en la plaza del mercado, y sobre él se hiciese un tablado ó parapeto, desde donde pudieran verlo todos sus nuevos súbditos. Hízose todo como lo habia indicado; y reuniendo á los Mexicanos al rededor del árbol, subió al tablado con un ramo de flores en las manos, y desde aquella altura, habló así á los suyos: "Sabed, valientes Mexicanos, que los Chalqueses me quieren dar la corona de este Estado; pero no permita nuestro dios que yo haga traicion á la patria, ántes bien con mi ejemplo os enseñaré á estimar en más que la propia vida, la fidelidad que se le debe." Dicho esto, se precipitó de aquella elevacion. Accion ciertamente bárbara, pero conforme á las ideas que los antiguos tenian de la magnanimidad; y tanto ménos digna de censura, que la de Caton y la de otros héroes de la antigüedad, cuanto era más noble el motivo y mayor la grandeza de ánimo del Mexicano. Con esta accion, de tal modo se inflamó la cólera de los Chalqueses, que allí mismo atacaron á los otros Mexicanos, y á lanzadas les dieron muerte. La noche siguiente oyeron acaso el canto melancólico de un ave nocturna, y como hombres dados á la supersticion, lo creyeron triste agüero de su próxima ruina. No se engañaron en aquel presentimiento; pues Moteuczoma, gravemente irritado por su rebeldía y por sus enormes delitos, declaró inmediatamente la guerra, y mandó encender hogueras en las cimas de los montes, en señal de la sentencia de exterminio que habia fulminado contra los rebeldes. Marchó en seguida contra aquella provincia, é hizo tan grandes estragos en ella, que la dejó casi despoblada. Los pocos de sus habitantes que sobrevivieron á tan formidable castigo, huyeron á las cuevas de los montes que dominan las llanuras de Chalco, y otros, para alejarse más del peligro, se refugiaron en Huexotcingo y Atlixco. La ciudad de Chalco fué entregada al saqueo. Al furor de la venganza, sucedió en Moteuczoma, como sucede en todos los corazones, la compasion de los desventurados. Pu-

¹ De esta oda hace mencion Botuniri, que la tenia entre los MS y pinturas de su precioso Museo.

blicó un indulto general en favor de los fugitivos, y especialmente de los viejos, de las mujeres y de los niños, convidándolos á volver sin recelo á su patria; y no satisfecho con esto, dispuso que sus tropas recorriesen los montes para buscar á los que, huyendo de los hombres, se habian refugiado entre las fieras. Volvieron en efecto muchos, y fueron distribuidos en Amaquemecan, Tlalmanalco y otros lugares; pero algunos, ó por desconfianza del perdon, ó por despecho, se abandonaron á la muerte en las montañas. Moteuczoma dividió una parte del territorio de Chalco entre los capitanes que se habian señalado en la guerra.

Despues de esta expedicion conquistaron los Mexicanos á Tamazolla, n Piaztlan, Xilotepec, Acatlan y otros pueblos. Con tan rápidas adquisiciones, engrandeció de tal modo Moteuczoma sus dominios, que por Levante se extendian hasta el golfo mexicano; por Sudeste, hasta el centro del gran país de los Mixtecas; por Mediodía, hasta Quilapan, y más allá; por Sud oeste, hasta el centro del país de los Otomites, y por el Norte, hasta la extremidad del valle.

Mas las atenciones de la guerra no estorbaron á aquel famoso rey cuidar de lo que pertenecia al gobierno civil y á la religion. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte, é introdujo en ella cierto ceremonial desconocido de sus antepasados. Edificó un gran templo al dios de la guerra, instituyó muchos ritos y aumentó el número de los sacerdotes. El intérprete de la *Coleccion* de Mendoza añade: que Moteuczoma fué sobrio y extraordinariamente severo en el castigo de la embriaguez; y que con su justicia, su prudencia, y el arreglo de sus costumbres, se hizo temer y respetar de sus súbditos. Finalmente, despues de un reinado glorioso de veintiocho años y algunos meses, murió, llorado de todos, en 1464. Sus exequias se celebraron con tanto mayor aparato, cuanto mayor era la munificencia de la corte y el poder de la nacion.

AXAYACATL, SEXTO REY DE MEXICO.

Antes de morir Moteuczoma, habia convocado á los primeros personajes de la corte; y despues de haberlos exhortado á la concordia, encargó á los electores que diesen el trono al príncipe Axayacatl, por creerlo el más capaz de promover la gloria de los Mexicanos. Los electores, ó por deferencia al parecer de un rey tan benemérito de la nacion, ó porque realmente conocian el mérito de Axayacatl, lo prefirieron á su hermano mayor Tizoc, y le dieron la corona. Era Axayacatl hijo de Tezozomoc, el cual habia sido hermano de los tres reyes predecesores de Moteuczoma, y, como ellos, hijo del rey Acamapitzin.

Despues de las fiestas de la eleccion, salió el rey á la guerra, con el solo objeto, como habian hecho sus antecesores, de tener prisioneros que sacrificar en la solemnidad de su coronacion. Hizo una expedicion contra la provincia de Tecuantepec, situada en la costa del mar Pacifico, cerca de cuatrocientas millas de México hácia el Sudeste. Los Tecuantepequeses se habian preparado y aliado con sus vecinos para resistir á las tentativas de los Mexicanos. En la batalla furiosa que se dió entre ambos ejércitos, Axayacatl, que mandaba en jefe, fingió retirarse para atraer los enemigos á una emboscada. Los Tecuantepequeses siguieron á los Mexicanos, cantando ya la victoria, cuando de repente se vieron atacados á retaguardia por una parte del ejército contrario, que salió de la emboscada, al mismo tiempo que los que huían volvieron caras, y empezaron á pelear de nuevo: así que, estrechados por una y otra parte, fue-

ron derrotados completamente. Los que pudieron salir del conflicto, fueron perseguidos por los Mexicanos hasta la misma ciudad de Tecuantepec, que entregaron á las llamas. Los vencedores, aprovechándose de la consternación de aquellos pueblos, extendieron sus conquistas hasta Coatlulco, lugar marítimo, cuyo puerto fué frecuentado en el siglo siguiente por los buques españoles. De aquella expedición volvió Axayacatl cargado de despojos, y fué coronado con aparato extraordinario de tributos y sacrificio de prisioneros. En los primeros años de su reinado solo pensó en hacer nuevas conquistas, según el ejemplo de sus predecesores. En 1467 reconquistó á Cotasta y á Tochtepec, que se le habían rebelado. En 1468 ganó una completa victoria á los Huexotzingos y á los Atlixqueses, y restituido á México, emprendió la fábrica de un templo, que llamó *Coatlan*. Los Tlatelolcos hicieron á competencia otro, que llamaron *Coaxolotl*; de lo que resultaron, entre los dos reyes, nuevas discordias, que terminaron, como despues veremos, en daño de los Tlatelolcos. En 1469 murió Totoquihuatzin, primer rey de Tacuba, el cual, en los cuarenta años y más que rigió aquel pequeño Estado, fué constantemente fiel á los Mexicanos, y los sirvió con celo en casi todas las guerras que emprendieron contra sus enemigos. Le sucedió su hijo Quimalpopoca, que le fué muy semejante en valor y en fidelidad.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

Mucho más deplorable fué la pérdida que sufrieron los Mexicanos, el año de 1470, con la muerte de Nezahualcoyotl. Este monarca fué uno de los héroes más famosos de la América antigua. Su gran valor, que en su juventud pasó á temeridad, fué una de las dotes menos apreciables de su ánimo. Su fortaleza y su constancia en los trece años en que estuvo privado de la corona, y perseguido por el usurpador, fueron ciertamente admirables. Mostróse inflexiblemente recto en la administración de la justicia. Para perfeccionar la civilización de sus pueblos y corregir los desórdenes introducidos en su reino en tiempo de los tiranos, promulgó ochenta leyes, que despues fueron compiladas por su noble descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, en su Historia MS de los Chichimecas. Mandó que ninguna causa civil ni criminal pudiese prolongarse por más de ochenta días, ó cuatro meses mexicanos. Cada ochenta días se celebraba una gran reunion en el palacio real, á la que concurrían todos los jueces y los reos. Entónces se juzgaban irremisiblemente todas las causas que no se habían terminado en el período anterior; y los reos, de cualquiera clase de delitos, sufrían allí mismo, y en presencia de aquella asamblea, la pena á que habían sido condenados. Señaló penas á los crímenes, manifestándose especialmente severo con el adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traición á la patria. Si hemos de dar crédito á los historiadores texcocanos, mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por incesuosos.

Era sin embargo extraordinaria su clemencia con los desgraciados. En su reinado estaba prohibido, bajo pena de muerte, tomar algo del campo ajeno; y tan rigurosa era la ley, que bastaba robar cuatro mazorcas de maíz para incurrir en la pena. Nezahualcoyotl, para socorrer de algun modo á los caminantes pobres, sin detrimento de la ley, mandó que en los dos lados de los caminos se sembrasen maíz y otras plantas, de que pudiesen servirse los necesi-

tados. Gastaba en limosnas una gran parte de sus ingresos, dándolas con preferencia á los viejos, á los enfermos y á las viudas. Para impedir la destrucción de los bosques, prescribió ciertos límites á los leñadores, y prohibió, bajo graves penas, su trasgresión. Queriendo saber si se observaba exactamente aquella disposición, salió un día disfrazado, con un príncipe hermano suyo, y pasó á la falda de un monte cercano, donde estaban los límites prescritos. Allí encontró un muchacho que estaba recogiendo leña menuda, de la que habían dejado los leñadores, y le preguntó por qué no iba al bosque á coger pedazos más gruesos: "Porque el rey, contestó el muchacho, nos ha prohibido pasar de estos límites; y si no lo obedecemos, seremos rigurosamente castigados." El rey no pudo conseguir, ni con promesas, ni con regalos, que el muchacho infringiese la ley. La compasión que le inspiró este suceso, lo movió á ampliar los límites determinados.

Miró siempre con gran celo la fiel administración de la justicia; y á fin de que, con pretexto de necesidad, no se dejasen corromper los jueces por los litigantes, ordenó que de la casa real se les suministrasen víveres, ropa y todo lo necesario, según la clase y calidad de la persona. Era tanto lo que anualmente se expendía en su familia y casa, en el mantenimiento de los ministros y magistrados, y en el alivio de los pobres, que sería increíble, y yo no osaría escribirlo, si no constara por las pinturas originales, vistas y examinadas por los primeros misioneros que se emplearon en la conversión de aquellos pueblos, y si no lo confirmara el testimonio de un descendiente de aquel monarca, convertido á la fé cristiana, y llamado, despues del bautismo, D. Antonio Pimentel.¹ Era, pues, el gasto de Nezahualcoyotl, reducido á medidas castellanas, el siguiente:—

De maíz.....	4,900,300 fanegas.
De cacao.....	2,744,000 id.
De chile y tomate.....	3,200 id.
De chiltecpin, ó pimiento pequeño muy fuerte, para salsas....	240 id.
De sal.....	1,300 panes gruesos.
Pavos.....	8,000

No tiene guarismo el consumo que se hacia de chia, habichuelas y otras legumbres; de ciervos, conejos, patos, codornices y toda especie de aves. Bien puede calcularse el número exorbitante de gente que era necesaria para recoger tan gran cantidad de maíz y de cacao, especialmente cuando se tiene presente que éste provenía del comercio con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Anáhuac terreno propio para el cultivo de aquella planta. Catorce ciudades suministraban aquellas provisiones durante medio año, y otras quince, durante el otro medio.² A los jóvenes tocaba la provision de leña, de la que se consumía en la casa real una cantidad inmensa.

Los progresos que hizo aquel célebre rey en las artes y en las ciencias, fueron todos los que podía hacer un gran ingenio, sin libros en que estudiar, y sin maestros de quienes aprender. Era diestro en la poesía nacional, y compuso

¹ Torquemada asegura haber tenido en sus manos aquellas pinturas.

² Las catorce ciudades primeras eran: Tezcoco, Huexotla, Coatlichan, Atenco, Chiautla, Tezonoyucan, Papalotla, Tepetlaotoc, Acolman, Tepechpan, Xaltocan, Chimalhuacan, Iztapalocan y Coatepec. Las otras quince: Otompan, Aztaquemecan, Teotihuacan, Cempoallan, Axapochco, Tlalanapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatepec, Oztoticpac, Cuauhtlatzincó, Coyoac, Oztotlatlahcan, Achichillacachocan y Tetliztacac.